

me tralá á la memoria la muerte que di al extranjero y al ebrio y arrebatado fallecimiento de Manan en medio de una excesos y de sus vicios, y recuerdos tan dolorosos me

lanaban de sobresaltos y de terror. Pero voy á despechar esta carta para empezar á escribirte en otra lo que me pasó el día siguiente. Adios, Teodoro mio:

CARTA XVI.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro querido: A la hora acostumbrada vino el padre, y después de las exhortaciones ordinarias me dijo: El extracto, señor, que me leísteis ayer me ha dado la idea de que también puedo haceros uno que recopilando lo mas esencial, os presentará la memoria de todo. Este método me parece útil, porque después de haber reflexionado las especies, examinando cada una de la debida extensión, la remisión de todas en un corto resumen hace que puedan refrescarse y recapitularse de nuevo. Aunque en este compendio todo se expone con ligereza, no deja de producir su efecto, porque rememora lo que se ha dicho y basta para que revista la memoria de todo en quien lo ha considerado de antemano.

Por otra parte, tiene la ventaja de que se presentan los mismos objetos con otro aspecto, y asuntos de tanta importancia deben ser vistos y considerados de todas las maneras y por todas sus lados. Puedo ser que haya alguna repetición; pero la forma será diferente y también habrá especies nuevas. Yo le protesté que siempre le escuchaba con interés, y el padre empezó así:

Ya hemos visto, señor, que la religion cristiana, y la religion cristiana sola, ha enseñado al hombre todo lo que le importa saber, que ha dispensado todas las ciencias, que ha fijado todas las incertidumbres, que le ha hecho conocer todas las verdades que debe creer, todas las virtudes que debe practicar y los bienes y males que puede esperar ó temer; en una palabra, que ella es la única que ha podido dar el don precioso de la fe divina, de esta fe en que la Providencia y la saldaría de Dios no reúnen menos que su misericordia, de esta fe que es tan firme como meritoria; firme porque es bastante clara para determinar el entendimiento, quitándole toda duda razonable y meritoria, porque es bastante oscura para que nuestra sumision sea virtud.

Me parece que puede compararse á la columna que dirigia á los israelitas el desierto, luminosa por una parte y tenebrosa por otra. Así nuestra fe ve con tanta claridad los motivos de creer que obliga á la creencia; pero ve tan poco el fondo de los misterios que cree, que necesita para no dudar de ellos de la mas rendida y perfecta sumision.

Ya hemos visto tambien que si creemos y adoramos á Jesucristo, no es sin pruebas de que este hombre-Dios vino á la tierra; que él mismo se dijo Hijo de Dios y el Mesias prometido que anunció á los hombres su Evangelio, que no exigió que se creyese su doctrina y se obedeciese á su persona solo porque lo decía, sino que aprobó y autorizó su mision con los hechos mas capaces de convencer á todos; que los testimonios, documentos y pruebas que convirtieron

á muchos judios y á innumerables gentiles tienen la misma fuerza para nosotros, y mirad otras muchas que ha podido dar el tiempo, y que todas son de tal naturaleza, que un hombre de juicio sano á quien no digan sus pasiones, no puede quedar con la menor incertidumbre.

Tambien hemos visto que era digno de la Providencia que mandásemos creer lo que nos dice, nos haya dado los medios de discernir con evidencia lo que ha salido de sus divinos labios; que para esto nos ha dado la razon que examina las pruebas de la fe, y que si la razon no pudiera asegurarse de que los oráculos son divinos, su fe estuviera incierta y vacilante, ó fuera forzada y nada meritoria; para decirlo mejor, no sería fe, sino imbecilidad.

Pero que los motivos de creer lo que la fe cristiana nos enseña son evidentes y demostrativos; que con todo hay incrédulos, porque por la mayor parte no los conocen, ni toman el trabajo de examinarlos y comprenderlos; porque no caminan de buena fe, ni tienen el corazón bastante sano para juzgarlos sin parcialidad y prevención; porque es imposible que puedan instruirse en medio de sus desordenes y de la continua disipacion del mundo; y en fin, porque los ojos que tienen entartrados, no ven la luz del sol, sin que por eso el sol deje de resplandecer.

Que aunque sean tan claros los motivos de creer, el fondo de los objetos es oscuro; que eso exigen sumision, y que en esto consiste su mérito. Pues la oscuridad es esencial al misterio, y no menos esencial á la fe; como que para creer es necesario no ver pues el que ve, no cree, sino sabe. El que ve no puede tener fe, sino evidencia, el que ve no se somete cuando cree, ni ejercita una virtud, ni puede merecer, porque entonces su creencia no es acto de su voluntad ni sacrificio de su razon, sino necesidad de su entendimiento, que no puede dudar desde que ha visto.

Que en esta economía ó disposicion de la Providencia se manifiesta la bondad divina, que ha querido conducirnos á la vida eterna por mano de la fe, uniendo por este medio nuestra santificacion á su propia gloria; pues dispuso que la sumision de nuestra fe glorificase su verdad soberana, haciéndola el sacrificio de la razon, como quiso que nuestro corazón le hiciese el sacrificio de su amor, y que el esfuerzo que hacemos para vencer nuestros sentidos nos sirviese de mérito.

Que para que este mérito fuese digno de la alta recompensa que le promete Dios, nos propuso misterios de los cuales unos parecen contrarios á lo que nos persuaden los

sentidos, y otros son superiores á nuestra inteligencia; misterios que naturalmente son difíciles de creer y cuyo conocimiento se ha perdido en muchas regiones de la tierra; que naciones enteras los ignoran y que hasta en el seno del cristianismo sufren desprecios y contradicciones, pues muchos son combatidos por la heresia, y todos son batidos por la incredulidad. Pero que á pesar de sus dificultades y de tan malos ejemplos, el cristiano sumitelo los ojos y accien los hechos que refieren y los entregaron tambien á los cristianos, á los que muchos habian sido testigos, y todos los recibieron y veneraron como divinos, acreditando con su consentimiento y reverencia cuanto dicen.

Del mismo modo las fiestas, los monumentos y los ritos que empezaron desde entonces, son otros tantos testigos permanentes de los hechos que suponen, y garantes no menos persuasivos de los mismos libros. La extension de la Iglesia es prueba palpable de su establecimiento y de la conversion de los gentiles. Y además de estas pruebas patentes, sus testigos son de una especie tan rara, que padecieron la muerte en los suplicios mas terribles por confirmar la verdad de lo que habian escrito; sin que jamás ninguno se hubiese desmentido.

En fin, que esta creencia debe ser tan determinada, resuelta y constante, que nada pueda separarlo de ella, ni temores, ni esperanzas, ni halagos, ni tormentos, ni la vida, ni la muerte; tal debe ser la fe y el homenaje del cristiano, homenaje digno de Dios y que solo se debe á su divina palabra. Sin dudar que la carne y la sangre lo repugnan, el entendimiento se resiste, su independencia natural, su curiosidad, su presuncion no se acomoda con esta esclavitud á que le cautiva la fe; pero á pesar de sus rebeliones y repugnancias se sujeta con una sumision sin reserva, porque sabe que Dios lo ha dicho.

¿Y cómo sabe que lo ha dicho Dios? Por dos libros que no puede dejar de reconocer y respetar como divinos é inspirados, y como depósito infalible de la verdad.

El primero está dictado por Dios en la ley antigua y escrito de su órden por Moisés y los profetas que le sucedieron; por Moisés enviado de Dios, que probó su mision con milagros tan públicos como repetidos y hechos á vista de todo el pueblo. No puede dudar de la verdad de estos libros y de lo que contienen; porque sabe que estos libros que refieren aquellos milagros, fueron entregados por Moisés á los hebreos que los vieron y que están citados en ellos como testigos, y que estos no solo no los desmintieron, sino que los guardaron con respeto y los pasaron á sus descendientes, que hoy los conservan con el mismo culto religioso; pues sus mayores habiéndolos recomendado con tanta reverencia, acreditando con este hecho la verdad de cuanto en ellos se contiene.

Porque las fiestas, los monumentos y los cánticos que los mismos hebreos consagraron desde entonces á medida de cada sucesos, y que hoy mismo renueva anualmente su posteridad, son otros tantos testigos permanentes que atestiguan lo que refieren esos libros. Porque las profecías que desde entonces anunciaron acontecimientos que no podian caber en la prevision humana; y que se han verificado después, han probado que solo pudo escribirlos una mano divina. Y en fin, porque las promesas consolantes que prodijeron tan dulces esperanzas y que fueron tan notorias y tan religiosamente conservadas, son otros incontestables monumentos que persuaden su divinidad, su autenticidad y autoridad.

El segundo libro es el del nuevo Testamento dictado por la ley de gracia y compuesto de los libros de los apóstoles y evangelistas que refieren la vida de Jesucristo, que era el Mesias prometido, su muerte, su resurreccion, su ascension, sus milagros, los de sus discipulos, la conversion de los gentiles y el establecimiento de la Iglesia.

Estos libros tienen por lo menos tantos testigos como los primeros, pues fueron escritos por autores que vieron ó hicieron los hechos que refieren y los entregaron tambien á los cristianos, á los que muchos habian sido testigos, y todos los recibieron y veneraron como divinos, acreditando con su consentimiento y reverencia cuanto dicen.

Del mismo modo las fiestas, los monumentos y los ritos que empezaron desde entonces, son otros tantos testigos permanentes de los hechos que suponen, y garantes no menos persuasivos de los mismos libros. La extension de la Iglesia es prueba palpable de su establecimiento y de la conversion de los gentiles. Y además de estas pruebas patentes, sus testigos son de una especie tan rara, que padecieron la muerte en los suplicios mas terribles por confirmar la verdad de lo que habian escrito; sin que jamás ninguno se hubiese desmentido.

Estos dos libros tienen entre sí tanta conexión y tan necesaria dependencia, que el primero es hecho para el segundo y el segundo nace del primero. El primero anuncia y promete, el segundo verifica y cumple; si el uno es divino, el otro no puede ser humano. Así por testimonios, por monumentos, por hechos y por cuantos medios pueden asegurar á la razon; sabe el cristiano que aquellos libros son divinos, que el espíritu de Dios los ha dictado, y que no solo debe creer cuanto le dice, aunque no lo entienda, sino también practicar cuanto le mandan.

¿Y qué le dice el primer libro? Lo cuenta la historia de la creacion del mundo, le manifiesta el plan de los designios de Dios y de su conducta con los hombres. Le informa que el cielo y la tierra son obra de un Criador omnipotente, que el hombre fué la última y la mejor criatura que salió de sus manos sobre la tierra porque le crió á su imagen, lleno de inteligencia y de justicia; pero que el hombre ingrato violó el precepto de su Hacedor y perdió todos los preceptos de su origen.

Que por este delito sus desgracias se comunicaron á su posteridad, y que la infeccion del tronco se propagó á las ramas; que habiéndose estas multiplicado en muchas familias, se vieron obligadas á dividirse y morar dispersas por la tierra; que con su separacion y el trascurso de los siglos perdieron la memoria de los hechos primitivos; que apenas les quedó una nocion vaga y confusa de su grandezza pasada, que alteraron la idea de su Dios y su creador desfigurándola con sus propias invenciones, y que olvidaron por entero la promesa del reparador que Dios ofreció á Adán al instante que reconoció la oscuridad de su delito; que esta idea y esta esperanza no se conservó sino en Abraham y sus descendientes, á quienes Dios la habia renovado en diferentes ocasiones.

¿Y qué le dice el segundo libro? Que este reparador prometido á Adán, renovado á los patriarcas, confirmado por Moisés y los profetas posteriores, que no solo dieron las señales por las que debía ser reconocido, sino que fijaron hasta el tiempo de su advenimiento, que este Mesias tan esperado, tan anhelado y tan llamado por los corazones re-

ligiosa, cuando se cumplió el tiempo en que los profetas le habían anunciado, llegó por fin, que nació Jesucristo, y que en su persona se reunieron las figuras y se cumplieron las profecías.

¿Y qué lo dicen los hechos, los monumentos y testigos? Que Jesucristo dijo que él era el reparador, el enviado, el Mesías prometido por Dios, y que probó serlo ejerciendo sobre la naturaleza un imperio que solo Dios ó quien obra con un nombre capaz de ejercer; que es verdad que propuso misterios alarados ó incomprendibles y superiores á la razón humana; pero que todos ellos son grandes, dignos de Dios y propios para servir de remedio á nuestros males.

Que su doctrina es mas pura, mas santa y sublime que cuanto hasta allí había podido descubrir la ciencia humana; que su moral asciende á una perfección; que la filosofía no hubiera podido imaginar; que sus promesas son magníficas y eternas, propias para hacer desahogado todo lo que acaba con la vida, pero que sus atenciones son terribles y espantosas.

Como el cristianismo ve que en Jesucristo se cumplieron todas las profecías, que él mismo hizo otras no menos asombrosas, que se verificaron igualmente, que probó su misión con tantos y tan notorios milagros, que no solo formó discípulos increíbles que ni la muerte ni los tormentos pudieron hacerles titubrar, sino que los mismos convirtieron muchos corazones duros, que á pesar de la extrañeza de su doctrina no sujetaron á la severidad de su ley.

Cuando ve que estos discípulos no solo refieren la santidad de su maestro, sus prodigios, su resurrección y su ascensión, no solo lo sostienen á pesar de las amenazas y en medio de los dolores, sino que á pesar de todas las resistencias consiguen con tan débiles medios establecer y propagar su religión, ¿cómo puede desconocer su infinita previsión, su poder supremo y absoluto y su divinidad? ¿Qué puede hacer sino echarse á su pies, adorarle, orle con el respeto que se debe á la suma verdad, y darle gracias de haberle criado en medio de una religión tan manifiestamente divina?

Todo contribuye á llenarlo de veneración á la misma religión: la antigüedad de su origen, su constante uniformidad y su inalterable duración, que ya solo abraza los siglos que han corrido después de Jesucristo, sino que asciende á los pontífices de la ley nueva, y de ellos sabe por Aarón y Moisés hasta los primeros patriarcas, que fueron los que recibieron y comunicaron la promesa del libertador. No se puede indicar la mas ligera interrupción ni en la sucesión de sus ministros, ni en la predicación de su fe. Tampoco es posible señalarla otra época que el nacimiento del mundo, ni otro principio que el mismo Dios.

¿Y qué una es menester para derribar á sus pies todos los errores y supersticiones de la tierra? Las falsas religiones que se han levantado en diversos lugares y diferentes tiempos también, aspiran al título de verdaderas; pero por degradarse sin embargo un hecho positivo que no puede olvidarse ni encubrirse. Este hecho es su misma moralidad, pues á pesar de todos los artificios es fácil señalar á cada una un día en que nació. Y desde que la época de su nacimiento no es la del principio del mundo: esto basta para convencerla de impotencia. Porque supuesto que Dios crió

al hombre á su imagen y para que le conociera y amara, era consiguiente que le diera los medios. Así toda religión que no puede subir por línea recta al momento de la creación, no es obra de Dios sino invención humana.

El cristiano ve tambien su constante uniformidad, que no ha sido alterada jamás, y en este mismo carácter, que es el privilegio singular, reconoce la mano omnipotente que la sostiene. Observa que todo lo que existe varía sin cesar, que leyes, costumbres, pueblos, imperios, que caen, fin, todo se muda, porque cuanto es humano ó terrenal está sujeto á la inconstancia y á la movilidad de su origen, pero que un pueblo solo escogió entre todos los pueblos de la tierra para ser depositario de los oráculos divinos, ha sido especialmente conservado para que siempre pueda serlo.

Ve que en medio de tantas ruinas tan enteras, de tantos destruidos tan completos de innumerables y vastas naciones, que sin dejar el menor vestigio apenas ofrecen vagos y confusos recuerdos, este pueblo corto y miserable, arrojado de sus hogares y despojado de su herencia, es el único que contra el ejemplo universal de todos los demás que se han disuelto, subsiste todavía, y que subsiste por ser testigo permanente y mudo que á su pesar certifica la verdad de una religión que sola es inmutable como el Dios que nos la ha dado.

El cristiano ve tambien que en esta religión jamás se há podido alterar el fondo y la sustancia de sus dogmas, y que es fácil probar por una multitud de monumentos auténticos, que á pesar de las revoluciones de los siglos nunca ha sufrido la menor variación; que en la ley de la naturaleza y en los días de los patriarcas, que en los de Moisés y la ley escrita, que en los de David y los profetas, que después de la vuelta del cautiverio hasta la nueva alianza, que en el tiempo de Jesucristo y de la ley de gracia, que en los siglos que precedieron al Mesías y en los que Dios estaba reducido á un pueblo solo y cuando el culto de Dios estaba reducido á un templo solo y cuando según las profecías se derramó por las naciones; en fin, que en todas partes y en todos tiempos siempre ha sido la misma, que siempre ha sido al mismo Dios, creído los mismos misterios, profesado los mismos dogmas y esperado ó recibido un mismo Salvador.

Sabe que siempre ha reconocido que el hombre no puede ni es digno de acercarse á su Dios sino por la gracia y los méritos de Jesucristo su Mediador divino; que esta ha sido siempre como es hoy, su única esperanza; que los patriarcas, los profetas y los antiguos justos no tuvieron otra fe ni otra religión; que si nosotros gozamos de su venida ellos vivían de sus esperanzas, que se consolaban con la promesa, que aspiraban por su cumplimiento, que como nosotros se consideraban ellos extranjeros en la tierra y ciudadanos de la patria celestial, que no esperaban tampoco el perdón de las culpas y el recobro de la gracia sino por la fe de los méritos futuros de Jesucristo, y de este modo reconocen que sola ha conservado una uniformidad constante y perpetua.

Su duración es otra prueba que el crecimiento de que Dios es su autor y la sostiene con su poder, porque el cristiano ocha la vista sobre tanta multitud de sectas diferentes que han inundado la tierra sucesivamente, y observa que después de haber durado mas ó menos á proporción de lo que fueron protegidas, al fin todas se han disipado sepultándose en el abismo del olvido; pero que su religión que nació con el

mundo, dura todavía, y que no puede deber este distinguido privilegio ni á los hombres ni á los sucesos, pues ella sola ha sufrido mas combates y persecuciones que todas las otras juntas.

Sabe que el pueblo judío, su primero y fiel depositario, fué esclavo muchas veces de los fieros conquistadores de Asiria y Babilonia, que se vió arrancado de sus lares paternos para ser transportado á peñes extranjeras, que todas sus desgracias, miserias y trastornos no parecían propios sino para aniquilar su religión y destruir hasta su memoria, y que con todo, subsiste todavía con el pueblo mismo, preserándose sola del destino común de las cosas humanas mas robustas y menos combatidas.

Sabe tambien que ha mas de mil ochocientos años que esta religión con la venida de Jesucristo se elevó á ser cristiana, y en este largo intervalo la ha visto sufrir los mayores peligros y los mas terribles combates; pero tambien ha visto que nada la ha podido alterar, que esta religión santa que al principio del mundo salió de la boca divina, sobrevivió á todos los errores que inventaron los hombres, que ha sabido atravesar con paso firme todos los siglos y subsistir intacta en medio de la disolución entera de todo lo demás; que ni la malicia de los novadores, ni los esfuerzos del infierno, ni la osadía de los novadores, ni los artificios de los herejes, ni aun los vicios de muchos de sus hijos que han profanado su pureza, ni finalmente, la lima del tiempo que todo lo devora, ha podido no solo abalarla, pero ni desquiciarla.

Tambien ha visto que tantas persecuciones y combates, lejos de hacerla precer, han contribuido á darla mas firmeza y hacerla mas augusta, que la sangre de los mártires era el riego con que se multiplicaba y florecía, que los esfuerzos de sus enemigos no han servido mas que para aumentar su gloria, pues por mas que ha sido atacada nunca ha sido vencida.

¿Quién viendo unas resultas tan contrarias á las ideas de la prudencia humana y á la experiencia de todas las cosas y de todos los siglos, no admirará como un milagro cotidiano esta perseverancia de victorias inverosímiles, este renacimiento de triunfos increíbles? ¿Quién no dirá, como Gamaliel, el mas prudente de los judíos, una obra que todos los esfuerzos de los hombres no han podido destruir, es necesariamente obra de Dios? Por eso el cristiano no se inquietará nunca la vez combatido. Sus triunfos pasados le responden de su gloria futura y no duda que sus mas irritadas enemigas al fin han de redirse y adorarle, ó serán ellos mismos víctimas de su propia osadía.

Bien ve que los incrédulos de nuestros días trabajan en destruir la herencia del Señor y que se glorifican de sus tristes victorias; pero espera que su delirio tendrá un término, que llegará el día en que á los ojos de nuestros descendientes no sean mas que lo que hoy son á los suyos y á los de los hombres instruidos y virtuosos. Sabe que no deben su celebridad y sus sucesos ni á la bondad de su causa ni á la superioridad de sus talentos, sino á nuestras pasiones y miserias.

Se persuade de que hemos irritado al cielo y que para corregirnos los ha hecho instrumentos de su cólera; pero espera que habrá un día de misericordia, y que entonces los hombres desengañados de tantos errores no se dejarán deslumbrar por el ropaje de una filosofía falaz, y que llegarán á conocer que el amor de la independencia y el orgullo

de ostentar opiniones singulares, lejos de enalzar al hombre lo degradan, porque solo el amor de la verdad y la práctica de la virtud pueden producir la verdadera gloria.

Sabe tambien que esta esperanza no es vana, que el empeño no es arduo ni su logro difícil; pues si el gobierno por su propio interés lo desea y aplica sus medios, el clero por su parte cuida de su mayor instrucción y mayor pureza de sus costumbres; uno y otro pueden reformar las naciones cristianas, presentando á los pueblos la religión cristiana con la noble y majestuosa simplicidad que la pertenencia, tal como salió de las manos de Dios y tal como la predicaron los apóstoles, y con un culto despojado de todos los ejercicios que no son dignos de ella.

Que las autoridades superiores tienen en su mano todos los medios de conseguirlo, y que solo falta que tomen las medidas proporcionales y eficaces para que todos sus pueblos se apliquen y aprendan bien el majestuoso y sublime plan de nuestra santa religión, recobrando y conservando su pureza original y primitiva; que entonces admirando su hermosura, estarán todos íntimamente convencidos de su verdad, y así no quedará pretextado á los incrédulos ni para el desdén ni para la calumnia.

En fin, señor, cuando el cristiano no tuviera otra prueba que la de los milagros de Jesucristo y de sus discípulos, esta sola sería incontrastable y autorizaría cuanto su religión le enseñara; porque es evidente que nadie puede hacerlos sino Dios ó el que tiene su poder y obra con él. De este principio tan sublime y claro, resulta que si Jesucristo hizo tantos milagros, tenia y obraba con la virtud de Dios; y como Dios no pueda autorizar la mentira, es indispensable confesar que se debe creer cuanto ha dicho y obrado cuanto ha mandado. Así para él que nada nada lo queda que examinar sino si es verdad que hizo milagros, porque el que cree esto no tiene ya que indagar mas.

Que Jesucristo hizo muchos milagros y milagros de extraordinaria magnitud, públicas, á la vista de todo el mundo, es una cosa tan probada y tan evidente, que es imposible que una razón que busca la verdad con buena fe pueda resistir á la convicción. Es imposible negar que Jesucristo no haya forzado á los demonios á salir de los cuerpos, que no haya dominado con imperio á los elementos, que estos no obedeciesen á su voz, que no sanase los ojos irremediables en las tempestades, que no sanase los enfermos, que no diese vida á los ciegos, oído á los sordos, salud á los leprosos, movimiento á los paráliticos, vida á los muertos, y en fin, que no hiciese los prodigios que refieren los evangelistas y que no caben mas que en el poder de Dios.

Tampoco se puede negar que no haya hecho todos estos milagros expresamente para probar que era hijo de Dios, su enviado y el Mesías prometido; pues él mismo dijo (1): *Las cosas que yo hago, ellas mismas dan testimonio de mí... si no creéis á mis palabras, creed á mis obras; y que los hizo para publicar su Evangelio, para enseñar la adoración de Dios en espíritu y en verdad, y para dar una nueva y mas perfecta regla de costumbres. Recordamos, señor, de lo que hemos dicho en cuanto á las circunstancias que acompañaron estos milagros, su variedad, su multitud,*

(1) Juan. V. 36. et X. 38.

piés los lava con su llanto y con el unto precioso con que los perfuma. Considerad cómo á pesar de la infamia de que la cubren sus notorios pecados, no solo no la desprecia, sino que la deja hacer complicidad cuando el dolor de la penitencia la aguija. Ved cómo la defiende del que en su corazón la desprecia. Y la céntrala, ved cómo la sostiene contra los discípulos que la acusan de frívola, y ved en fin, cómo á pesar de la dureza de los otros, la consuela y acaba por asegurarla que ya está perdonada (1).

¡Qué parábola la del hijo pródigo! ¡Qué padre tan elemental y compasivo! Apenas el más ingrato y perverso de los hijos siente el primer impulso de un arrepentimiento que le arrancan sus tristes experiencias, apenas se resuelve á volver á la casa de su padre, cuando este viene desde lejos, no le espera para recibirle, sino que se adelanta, le sale al encuentro, no le da lugar para que le pida perdón, no le da tiempo para que le explique su pesar, sino que desde luego le echa los brazos, manda que se prepare, una fiesta y satisface á su hermano celoso que se quejaba de la preferencia, diciéndole que á él siempre le tenía, pero que era menester celebrar el fecundo de un hijo perdido; como si él causara más placer este recibio que la conservación de lo que no peligra (2).

¿Y quién puede dudar de esta preferencia, y que era tal el sentimiento íntimo de su corazón? ¿Qué otra cosa puede significar esta alegría que emanó en el cielo la conversión de un pecador? alegría que supera á la que se produce en la persecución de morienta y nueva justicia? Considerad, señor, la fuerza de esta expresión (3): *Mos nigrita kay en el celo de que un pecador se convierta, que no de que noventa y nueve justos perseveren*. Pesad la energía y el sentido de esta palabra divina, y decidme si es posible inventar un estilo en que pueda explicarse mejor el gozo y la alegría de un Dios de misericordia; de los bienaventurados que viven de su espíritu, cuando una alma descaída recobra su corazón y vuelve á entrar en el camino de la verdad? Decidme si era posible que el divino Pastor declarase con lenguaje mas fuerte y expresivo su encendido deseo de que sus ovejas escuchasen los silbos de su amorosa voz, y el gozo que recibe cuando las ve volver á su rebaño?

Este fue el carácter de Jesucristo. Y aunque todo es perfecto en su conducta, parece que sobresalieran dos virtudes, el amor de Dios en el celo de su gloria, y el amor de los hombres en el deseo de su felicidad: estos dos objetos ocupaban toda su atención. Así, no pensaban sino en enseñar lo que se debe á Dios y en exhortar á la práctica del bien. Pero en estos ejercicios divinos, jamás se le vio usar de su poder supremo para imponer castigos, jamás se le vio intimar con la amenaza, ni obligar con la violencia, jamás vino una injuria, ni jamás uso de su poder omnipotente, sino para curar, consolar y perdonar; siempre se lo oyó exhortar con la persuasión, con la dulzura y el amor.

En efecto, los siglos no han mostrado jamás ni carácter tan inalterablemente dulce, ni corazón tan amante, ni indole tan buena; ipso cómo lo podían mostrar? La natura-

- (1) Luc. VII, 37.
- (2) Luc. XV, 11.
- (3) Luc. XV, 7.

leza no es capaz de nada tan perfecta. Era menester un Dios para consolar al hombre, y si solo el Verbo podía satisfacer por sus delitos, el Verbo solo podía ser su maestro, su guía y su modelo. Vuelvo en todas las situaciones de su vida, y siempre le hallaré dulce, compasivo y tierno.

Vedle cuando en sus viajes, pasando por Samaria, solo, sin haber confido y fatigado del calor y cansancio, se sienta junto á Siquen cerca de un pozo (1). ¡Con qué estabilidad habla á una mujer común y pecadora! ¡cómo la convierte con el agua celestial de su gracia! ¡cómo la declara positivamente que él es el Mesías! ¡cómo la instruye en el modo de adorar á Dios en espíritu y verdad! ¡cómo cuando los discípulos llegan y le compadecen de no haber comido todavía, les responde que su alimento es servir á su Padre y ganarle corazones! ¡cómo cuando los hombres de la ciudad vienen conducidos por aquella mujer, también les habla con el mismo agrado! ¡cómo aunque su designio fuese continuar su camino rogando por aquellos samaritanos, se detiene! ¡cómo entra con ellos á la ciudad, y pasa con ellos el tiempo necesario hasta que los instruye y convierte! ¡qué fiabilidad! ¡qué celo! ¡qué desconciencia!

Vedle con la cananea. En uno de sus excursiones se le presenta una mujer extranjera y gentil, que implora su socorro. Se resista, porque parece que no estaba en el orden de su providencia empezar sino por las ovejas perdidas de Israel; pero la infeliz con humildad y con fe redobla sus instancias, repite sus ruegos con aquella importunidad que le agrada tanto, y su buen corazón sin poder resistir más, se rinde, le concede lo que pide, y la despacha consolada.

Vedle con la adúltera (2). Esta era sin duda delincuente, y con todo, cuando sus jueces van á condenarla, sus entrañas de misericordia se enternecen, usa de su poder divino para avergonzar á los jueces de sus propios delitos, y estos huyen corridos, queda á solas con la infeliz acusada, no la toca, solo la pregunta si ha sido condenada, y respondiéndole que no, la replica que tampoco él la condena; pero la exhorta á que no pague más.

Sería nunca acabar, y fuera menester desenvolver toda su historia para poder referir todos los casos en que siempre mostró, sin desmentirle jamás, este continuo y nunca alterado carácter de indulgente clemencia. Baste decir en general, que jamás se le presentó enfermo que no curase, necesitado que no socorriera, afligido á quien no diese consuelo, ni arrepentido que no perdonara.

¡Pero cómo no había de perdonar á los que le imploraban, cuando perdonaba á los que le perseguían? Pedro lo pregunta si se debía perdonar siete veces, y él le responde que setenta y siete veces, dándole á entender con esta expresión indefinida y general, que se debe perdonar á los enemigos sin intermisión ni fin. ¿Y quién ha dado mayores ejemplos de perdonar que él mismo?

Al fin de su vida y cuando ya se consumaba su grande sacrificio, sus enemigos desahogaron el furor de su rabia. No se contentan con verle clavado en la cruz deramando hasta las últimas gotas de sangre, sufriendo dolores indecibles; apenas lo oyen que tiene sed, cuando añadiendo el insulto al tormento y el escarnio á la ferocidad, corren pre-

- (1) Joan. IV, 5.
- (2) Joann. VIII, 3.

suros para hacerle gustar hiel y vinagre, y este divino Salvador escoge aquel momento de tanta malicia para compadecerse de su ceguedad, levanta el corazón á su Padre y le pide por ellos.

Estos inauditos extremos de clemencia y de dulzura nacían del infinito amor con que amaba á los hombres. ¡Pero quién puede explicar ni concebir la extensión, la intensidad ni la eficacia de este amor! No hay lengua criada que pueda describir lo que no tiene término, y solo lo puede explicar el mismo corazón infinito que lo supo sentir. Para adquirir más alguna idea, digamos lo que nos dice el mismo observemos con atención lo que pasó entre Jesucristo y sus apóstoles en la última cena, cuando los preparaba ya á la separación mas dolorosa. ¡Qué hincel! ¡qué esencial! ¡qué situación! Jamás la naturaleza ha podido ofrecer á la sensibilidad humana afectos tan vivos ni motivos de tanto interés.

Parece que en aquella triste noche y en aquel momento desconchado quiso Jesucristo reunir y reconcentrar cuantos rasgos de bondad, generosidad y ternura habia dejado ver dispersos y divididos en la carrera de la vida mas inocente que vio jamás la tierra; parece que quiso reproducirlos y juntarlos para formar con ellos un espectáculo capaz de enternecer las piedras y ablandar la dureza de los corazones mas inflexibles. Aquí todo adorno fuera ridículo, toda reflexión inútil; basta referir para interesar y arrancar de los ojos mandados de lágrimas.

Sabiendo Jesús, dice san Juan (1), que se acercaba la hora de volver á su Padre, se retiró por la última vez con sus discípulos. Como los había amado con el amor mas tierno, y como iba á separarse de ellos y dejarlos en el mundo, quiso mostrarles hasta el fin cuánto los amaba. ¡Señor! ¡quién pudiera imaginar que el héroe de quien habla san Juan, es el mismo de quien poco antes dijo que era el Verbo de Dios, qui subsistia en Dios, el mismo Dios que ama tanto! ¡Y qué poco se oía que un Dios, y un Dios que ama tanto á sus criaturas, haya podido engañarse! ¡El que les muestra tanto amor cuando va á morir, no les da la última y mas segura prueba de que es verdad cuanto les ha dicho!

Transportados con el espíritu á la noche memorable en que Jesús celebró en Jerusalem la última Pascua con sus apóstoles, á esa terrible noche á que se siguió un día mas terrible; pongámonos en aquel deplorable momento en que la ferocidad de un pueblo bárbaro prepara á la mas inocente de las víctimas el mas cruel de los suplicios; observemos los pasos de aquel monstruo de ingratitud y de perfidia que después de haber abrigado en su corazón el atroz designio de entregar á su maestro y bienhechor á la rabia de sus enemigos, buscaba ya los medios de ponerlo por obra; juntemos todas las demás funestas circunstancias de aquella noche desastrosa, y veamos ¡qué es lo que hace Jesús que las salda!

Jesús consagra los pocos instantes de vida que le quedan, á dar á sus discípulos y amigos los mas firmes testimonios de su amor. Jesús quiere también dar el último desahogo á su ternura, y en las amargas angustias de su corazón se permite este postrer consuelo, para decirlo mejor, Jesús quiere consolar á los suyos y olvidar los tormentos y opro-

- (1) Joann. XIII, 1.

bios que le aguardan; el bien de sus amigos le penetra mas que el horror de la cruz y de la muerte.

El evangelista refiere que tomó el pan en sus sagradas manos y levantando al cielo unos ojos en que resplandecía todo el ardor y la vivacidad de un corazón ansioso de perfeccionar sus beneficios, le presentó á sus apóstoles y les dijo: *Tomad y comed*. Lo que os doy es yo mismo, mi cuerpo, mi alma y mi eterna y divina sustancia. ¡Qué don! ¡qué dignación! ¡qué beneficio! Solo un entendimiento sublime y divino era capaz de idea tan sublime; solo un amor infinito podía inventar un medio tan ingenioso de comunicación tan íntima, solo su grandeza podía concebir designio tan magnífico, solo su omnipotencia podía ejecutarlo, y solo un bien tan infinito podía llenar toda la capacidad de nuestro corazón.

Si vuestra razón, señor, no penetrada todavía de la luz celestial, quisiera á la vista de un espectáculo como este, solo digno de Dios y de las cosas que se dejan alumbrar por la infalible entereza de la fe; si quisiera, digo, exaltaros ahora sus dudas errabundas de una filosofía miserable, responderla que ven conmigo; dice que Jesucristo, el mismo que hizo tantos milagros, parece que quiso reproducirlos y asegurarse, y que así la mas leve sospecha de lo que afirma en este momento de dolor, fuera un sacrilegio, que Jesucristo fué justo y que va á morir.

Entonces como satisfecho el Señor de haber hecho su testamento, como ya tranquilo por haber asegurado á sus amigos el bien mas precioso que les puede dejar; contento de verlos en posesión de tan rico legado y sin sus inquietudes de su felicidad futura, se manifiesta lleno de aquella dulce complacencia que causa á una alma generosa el placer de haber dado á los que ama un bien inestimable. Su corazón rebosando de gozo les habla con una elocuencia tan energética como bien sentida. Ahora, les dice, ya pueden mis enemigos descargar sobre mí todos los golpes de su saña, ya mi corazón está dispuesto; ya mi amor no tiene mas que daros, ya todo es vuestro y en los inagotables tesoros de la magnificencia divina no hay nada mas precioso que lo que dejo en vuestras manos.

¡Oh! ¡cuánto deseo me terniza este momento, que deba seros tan útil! (1): *Ya he deseado con deseo, con un deseo cuya eflicacia no podía sentir otro que yo, comer con vosotros esta Pascua, en la que todos los sacrificios debían encontrar su plenitud, su fin y su consumación!* Repará, señor, esta expresión de Jesucristo: *He deseado con deseo*; palabra divina, cuyo sentido y energía nuestros sentidos no pueden imitar. Este deseo de áncoras es un sentimiento tan activo, tan íntimo, tan profundo, continuo y dominante, que no puede explicarlo sino aquel cuyo infinito corazón supo sentirle. Nosotros solo podemos percibir que estaba como oprimido de ternura, que el amor casi absorbía todas sus ideas, y que ya desfallecía de amor antes de morir con los tormentos.

¡Qué discurso aquel con que terminó este último y solemne acto de su misión divina! Permittedme que os diga la sustancia, porque nada se ha escrito en el mundo que esté tan lleno de afectos y de fuerza. En estas cortas palabras está cifrado todo el cristianismo y son el mejor retrato del carácter y corazón de Jesucristo. Este discus-

- (1) Luc. XXII, 15.

bas, si después de milagros tan notorios estamos engañados, ¿tú eres el que nos has engañado: *Domine, si error, a te decepti sumus.*

Si juzgais pues que los cristianos tienen suficientes fundamentos para profesar su religión y que no son inmensos porqué aloran á Jesucristo, ¿qué nombre podréis dar á los incrédulos que le desprecian y le ultrajan! Yo quiero suponer que esta divina religión no tenga toda la evidencia y claridad que se desea; pero á lo menos no me podréis negar que presenta títulos respetables, razones que convencen, autoridades y ejemplos que persuaden; en fin, que tiene en sí favor fundamentos plausibles que deben detener á las personas de buen juicio y provocarlas á mayor examen.

Yo no necesito de tanto para haceros sentir la temeridad y el peligro de no reconocerla, pues aunque después de haberos demostrado con tanta evidencia su verdad, vos no queráis concederme otra cosa que el mas mínimo grado de probabilidad, esto me basta para haceros ver que es monstruosidad, insensatez y frenesí no abrazar una religión que en caso de ser cierta los amenaza con eternas desgracias y los priva de felicidades eternas.

El raciocinio es muy simple. Si el cristianismo es cierto, el incrédulo será eternamente infeliz; si no lo es, el cristiano no aventura nada. El primero arriesga una irrevocable eternidad de miserias; y el segundo no puede perder mas que pocos y frivolas placeres en la corta extensión de una vida fugaz y pasajera. En este contrato, ¿quién pudiera dudar de la alternativa? ¿quién de los dos es el más sano y el estúpido? ¿qué juicio sano no tomara el partido más seguro?

Ya veis, señor, que esto es daros mucho de barato y que después de las pruebas que os he dado, tengo derecho para repetir que Dios ha hecho cuanto era necesario para convencerlos de la divinidad de nuestra religión que Jesucristo la aprobó por todos medios, que mientras vivió en la tierra multiplicó los milagros para manifestarnos la verdad de su misión, que después de su muerte resucitó, y dejó el poder de hacer milagros no solo á sus discípulos inmediatos, sino á sus sucesores que continuaron gobernando las Iglesias que los primeros erigieron. En fin, tened presente lo que hemos referido de la vida y conducta de este divino Salvador y decidme después si era posible que hiciera más para mostraros su amor y probaros su divinidad.

Con todo esto y á pesar de tantas luzes, hay hombres mas obstinados que los judíos; digo mas obstinados, porque fuera de las pruebas que estos tuvieron, tienen otras que nos dieron los tiempos posteriores, tales como la verificación de las profecías que hizo el mismo Jesucristo, los milagros y nuevos milagros que se hicieron después y el establecimiento de tantas Iglesias con tan dulces medios. Pero nada basta á persuadirlos: el amor de Jesucristo no los mueve, su sacrificio no les interesa, una gloria infinita no los inflama, una eternidad de desgracias no los asusta, y á pesar de tantas y tan poderosas pruebas que lograron convertir á tantos millares de gentiles y padieron convencerse á los Pueblos, Justos, Agustinos, Ambrosios y tantos sabios de ingenio superior, ellos solos lo desprecian, lo injurian y desprecian.

Pero este Dios lleno de amor y de misericordia, aunque siempre con el rayo en la mano, no solo los sufre, sino que los aguarda y los convida, cada día los llama, los excita y les proporciona ocasiones en que puedan instruirse; trabaja

con secretos impulsos para que despierten del letargo, y ellos sordos á sus voces y esclavos de sus miserias y pasiones, no lo escuchan, le desdennan y son tan ingratos como sus Dioses esotéricos y magnánimo.

Pero que se acuerden de que tambien es justo y que se debe á sí mismo, á su justicia y á la inexorable inflexibilidad de su divina ley, castigar todo delito que no ha sido lavado con la penitencia, y que llegará el día en que su santidad, á pesar de su infinito amor, se verá como forzada á fulminar el castigo con digno á los que no creyeron sus palabras y no obedecieron sus preceptos.

Que tengan presente que este mismo divino Salvador, que mostró tan incomparable amor á sus discípulos y les prometió una unidad tan íntima en su gloria, les dijo tambien que no reconociera delante de su Padre á los que no le reconocieran á él delante de los hombres. ¡Dios santo! ¿qué amenaza! ¿Cómo los merecáis no temblar!

En este momento el padre lleno de ardor, con el rostro encendido y con los ojos que arrojaban llamas, se levanta y rápidamente se postra por tierra, alza las dos manos al cielo, y derramando un diluvio de lágrimas exclaima con voz enternecida: «Oh, Jesús! tu veniste á la tierra para salvar los hombres, ablandar el corazón de los incrédulos, destruye esas pasiones que los ciegan, ilumina la oscuridad de su razón. Bendito seas, porque tienes tantas almas que te reconocen y te adoran; que ellos te sirvan y te imploren por los otros. ¡Dulce Jesús! si los infelices superan las increíbles dalturas que viertes en los corazones que te adoran! Si, Jesús mio, mi único amor y mi sola esperanza, ¡si yo pudiera con mis adoraciones y sacrificios satisfacer por tantos ingratos! No soy más que un infame pecador, pero todo mi corazón es tuyo y yo te adoro con todas mis potencias, yo te reconozco por mi Dios, por el Hijo unigénito del Eterno Padre, y quisiera.....»

Yo me sentía ya muy conmovido con el discurso del padre; pero cuando le vi levantarse arrebatado y ponerse de rodillas, acabé de trasportarme. La sangre me corría con impetu por las venas, mi corazón se batía con violentos latidos, los cabellos se me erizaban, estaba como fuera de mí. La ternura de su voz, la viveza de sus afectos y la súbita inundación de sus ojos arrojaban las lágrimas que yo reprobaba y saltan como torrenes de mis ojos; y cuando le oí decir con expresión tan afektosa: Si, Jesús, yo te reconozco por mi Dios, con un movimiento involuntario de que no fui dueño, me arrojé tambien por tierra y con voz alterada digo: Y yo tambien.

El padre viendo mi afección y oyendo mi voz, se suspende, y volviendo los ojos á mí con un semblante que mostraba su alegría y su sorpresa me dice: ¿Qué, señor! Es verdad.... Yo que estaba casi enajenado no pude responderle; pero él después levantando otra vez las manos al cielo y con voz ya no dolorida, sino fervorosa, vuelve á decir: Yo te reconozco, omnipotente Dios. ¡Oh Jesús amable! ¡Dios de misericordia! esta es obra de tus manos. Entonces se pone en pié, viene á mí, que me mantenía postrado, me ayuda á levantar y volvemos á sentarnos.

Empués á decirme muchas cosas con el fin de persuadirme que la Providencia me había conducido á aquella casa para hacerme conocer la verdad de la religión; que abriese mi corazón á su luz que quería entrar en él. Me volvió á hablar de la clemencia y la misericordia de Jesús,

me tiro otros discursos cuyo objeto era alentarme; pero yo estaba muy fuera de mí para responderle, y menos puedo ahora repetirlos. Apenas pudo articular algunas palabras de atención. Esta escena duró hasta que sonó la campana. Entonces se despidió de mí, prometiéndome que vendría al otro día mas temprano. Me exhortó á que aquella noche levantara mi corazón á Jesucristo y que le pidiera su luz y su protección.

Desde que quedé solo volví los ojos sobre mí para examinar mis propios pensamientos. En el primer momento no pude discernir nada y no hallé mas que ideas atropelladas y confusas. Por un lado veía claramente que yo había vivido en error, que mi ignorancia era la causa de que yo no tuviera de la religión la convicción y respeto que debía y que era imposible no desengañarse á vista de razones y pruebas tan demostrativas; pero por otro lado me atoraba la dificultad del empeño que iba á tomar, pues me obligaba á una vida que no era capaz de sostener.

Á pesar de esta pena sentía como una especie de satisfacción y desahogo en haber pronunciado aquellas palabras. Me parecía que era ventajosa haber al fin roto una barrera que no era posible romper sin mucho esfuerzo, que finalmente, ya me había desahogado de un peso que me abrumaba, y que quizá por una falsa y ridícula vergüenza mi orgullo no hubiera sacudido fácilmente la opresión que me angustiaba. Pero luego veias tú y mis demás amigos á presentar á mi corazón un obstáculo terrible, porque me figuraba que todos os burlarías de mí, que me tendríais por un hombre débil que me dejaba seducir por un iluso, y esta idea me acobardaba y detenia.

Pero después me asaltaba la imaginación el infeliz extranjero á quien di la muerte con mis manos, y el desdichado Manuel que murió tan súbitamente en medio de sus vicios. Esta memoria hacía temblar hasta las fibras menudas de mi cuerpo, porque ya no me podía descender de esta vida futura que no había creído ó en que por lo menos no había pensado; de esta cuenta que es menester dar de todas sus acciones, y de estas penas reservadas á los delitos. Si no discernía todo esto todavía con mucha individualidad, á lo menos ya mi alma había recibido cierta impresión que la espantaba, es cierto que en aquel momento no hubiera querido por todos los imperios del mundo morir como murieron ellos.

Lo que sobre todo me dejó imágenes muy vivas, es la pintura que me hizo el padre de Jesucristo. ¡Qué retrato, Teodoro! ¡qué diferente de la idea que yo tenía! ¡qué diferente de la que podéis tener vosotros y de la que los filósofos manifiestan! Pero á pesar de mi ignorancia traslucía que el padre era sin duda mas parecido, porque no estaba pintado ni con los pinceles de la elocuencia ni con los colores de la pasión. Yo observé que no le dió otro colorido que el de la verdad, y el que únicamente resulta de los hechos mas conocidos de su vida y de sus propias palabras. ¡Pero qué corazón tan amante y tierno! ¡qué descontento por nuestra felicidad! ¡qué ardor tan infatigable por nuestro bien! ¡qué desconfianza! ¡qué sacrificios! ¡qué virtudes! ¿Y es posible que desconozcamos tanto á un bienhechor tan amante y tan digno de nuestra gratitud!

¿Es posible que esos filósofos que se precian de ilustrados y justos, esos filósofos que en odio del cristianismo y por deprimir sus virtudes exaltan con infusos tan exagerados los de los pocos gentiles que descubrieron buenas cualidades morales, como las de Ho, Trajano, Marco Aurelio, hayan procurado oscurecer con la injusticia mas grosera las incomparables y sublimes virtudes de Jesucristo! Porque, Teodoro, no es posible olvidarlo. Aunque no consideremos á Jesús mas que humanamente, es cierto que la tierra no ha mostrado otro igual; que es el mejor, el mas benéfico y el mas amable de cuantos han honrado la humanidad, y que si no lo fuera el Verbo de Dios á quien debemos nuestras adoraciones, como hombre solo merecería el respeto, la veneración y el amor del universo.

Esta idea no se apartaba de mi espíritu, y me parece que por la primera vez de mi larga vida mi corazón se levantaba para ir á buscarle en las alturas del cielo. Yo repetía con sorpresa estas exclamaciones: Jesús, si eres Dios, apádate de mí, alumbra mi corazón. Entre estas inquietudes pasó la noche, sin saber lo que haría, sin decirme á nada. Jamás me vi con tanta turbación. Ahora conozco que la gracia luchaba con mi personalidad, que mi razón conocía la necesidad de realizarse, pero que los vicios que me dominaban oponían una fuerte resistencia. Mañana te continuaré refiriendo de lo que me pasó el otro día. Adios, amigo.

CARTA XVII.

EL FILOSOFO A TEODORO.

podía ver sin sentir un movimiento de respeto y un deseo sincero de ser como él; pero aquel día me pareció un Ángel tutelar, un amigo benéfico que un Dios piadoso me enviaba para hacermelo feliz. Un momento de su presencia decidió mis mi corazón que todos los raciocinios en que pasó aquella noche.

Amancado, Teodoro, este día que será uno de los mas señalados de mi vida, y antes de la hora ordinaria vi entrar al padre con ojos en que resplandecían todos los rayos de una alegría extraordinaria. Ya tenían para mí mucha frecuencia no solo las palabras de este varón de Dios, sino su presencia, su aspecto religioso y su aire recogido, ya no le